

EL INSULTADOR DE MUJERES

Abandonemos por un momento al caballero gascón, dejándole en la soledad de su oscuro observatorio, y penetremos francamente en el alumbrado salón en el que, miñonas y miñones, se agrupaban en torno al diván ocupado por de Entragues y por el gran vividor de ademanes desenvueltos; por el duque Rolando, primer gentilhomme de cámara.

Tal vez hemos dicho ya que el gran salón hallábase suntuosamente amueblado á la turca; ahora añadiremos que este lujo constituía en aquel entonces una verdadera curiosidad, y una fantasía tan rara como costosa.

A más del diván y de la mesa, ya mencionados, veíanse allí, esparcidos al hazar sobre la espesa lana de los tapices de Esmirna, soberbios almohadones de Jaffa; asientos de extrañas formas, tallados en madera de sándalo y de cedro, y recubiertos de incrustaciones

de cobre, marfil ó nácar; taburetes forrados de telas de seda y oro fabricadas en Alep, en Bagdad ó en Koniew. Livianos tejidos emperlados, como sólo se hacen en Amanía, pendían altivos de las ventanas, haciendo resaltar la masa oscura de los plomos repujados y aceros damasquinados que una mano de artista empotrara en las paredes. Una sola de estas, la correspondiente al muro de separación entre la sala y la inmediata, aparecía ocupada por una pintura al fresco representando á Solimán et Magnífico en el sitio de Toris.

Inútil nos parece asegurar que la utilidad y el valor de esta obra de arte, eran muy superiores á lo que podía creerse apreciándola tan sólo como producto del arte pictórico. Observábase ante todo que en su confección habían entrado por mucho los colores químicamente inoxidables, puesto que dichos colores adherían á la gasa metálica á través de la cual Bernardo de Arma observaba cuanto hacíase en el salón.

Tal vez se pregunte el lector cómo era posible que tratándose de una casa tan bien dispuesta para el espionaje como la de la Pulpa, la presencia del caballero Bernardo no había sido ya descubierta y anunciada, y cómo se le dejaba espiar tranquilamente los secretos de una sociedad escogida entre los más elevados miembros del reino, que indudablemente creían hallarse allí al abrigo de semejante eventualidad.

La explicación no puede ser más sencilla. Cuando Gaspar Mouvette y Pielnegra, para escapar á las amenazas de Sed de Amor que les previno de su presencia

rompiendo los cristales de la ventana, abandonaron precipitadamente el salón en el que conspiraban contra la vida del gran marqués, su primer acto fué ponerse á cubierto de toda persecución inmediata.

Para ello bastábales con empujar una palanca colocada junto á la puerta, la cual accionaba enseguida un sólido enrejado de hierro inmovilizando en el acto esta última.

Conocedor perfecto de todas las particularidades de la casa de las Miñonas, el policía agregado al servicio de Catalina de Médicis, operó, como es natural, con la debida precipitación; y no teniendo ya nada que temer, él y su cómplice permanecieron inmóviles, en silencio, durante un buen rato, aguzando el oído, procurando oír las coléricas divagaciones del caballero, que del otro lado de la puerta se esforzaba por abrirla.

Por fin, pareció calmarse el invasor. Entonces Gaspar Mouvette arrastró á su compañero, quien no las tenía todas consigo, y hubo de decirle en voz baja :

— Hay que procurar que no se escape. Ven á ayudarme.

Salieron de la casa, dando enseguida vuelta á la misma, y llegados que fueron al sobradillo donde estuviera poco antes Bernardo, observaron con la natural sorpresa que la luz del salón, que les alumbrara poco antes, estaba apagada.

Era aquel el momento en que, descubierto por nuestro caballero el reverso de la tela transparente, juzgó necesario quedarse á oscuras.

Aunque extrañados de aquel inexplicable misterio,

los dos cómplices de asesinato acercáronse sigilosamente y cerraron la ventana por fuera, colocando al invasor en la imposibilidad de escaparse.

Volvían ya, realizado su acto de precaución, hacia la entrada principal con objeto de avisar á la Pulpa y tocaban ya casi al arco mudéjar, cuando se adelantó á ellos una silla de manos, de la cual salía á los pocos segundos un brillante caballero.

La luz de las linternas daba de lleno en los rostros de ambos cómplices. El gentilhombre, al verlos, no pudo reprimir un gesto de mal humor.

— ¡Que el diablo me lleve, — dijo — si esa cara de cuaresma y esa cabeza de dogo no constituyen un presagio! Algo desagradable va á sucederme, de seguro.

Fijándose algo más en los dos cómplices, añadió enseguida :

— Y aun se atreve á afirmar mi señor tío, su Eminencia el obispo de Auch, que el hombre ha sido creado á imágen de Dios... Pues que venga á ver á estos tipos.

Mouvette y Pielnegra estaban como petrificados. Acababan de reconocer en aquel gentilhombre al único que era á la vez favorito en el Louvre y en el hotel de Soissons. De ahí que escucharan resignados, y aun inclinándose con respeto, el chaparrón de injurias que caía sobre ellos.

El sobrino de la eminencia de Auch, continuó :

— ¿Cómo? ¿Todavía estáis ahí, bellacos? ¿No comprendéis que vuestra sola presencia envenena el aire

que yo respiro? ¡Atrás, canallas!... ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Y volviéndose hacia los portadores de la silla, quienes contemplaban á los dos hombres con la impertinente superioridad de que hacen gala los lacayos bien alimentados, ordenó, girando sobre sus tacones como en una figura de pavana :

— ¡Vosotros, á los garrotes, y apalea á esos bergantes!

Espoleados por el miedo, los dos cómplices diéronse á correr en el acto y no se creyeron en seguridad hasta haber puesto la puerta de Nesle entre ellos y los garrotes de que hablara al gentilhomme.

He aquí porqué no pudo la Pulpa ser avisada de que un extraño operaba en su establecimiento. Y he aquí porqué el más esplendoroso representante de la dorada juventud de entonces, pudo decir á las miñonas : « Gatitas mías, acabo de ver dos caras patibularias. »

Las causas más pequeñas producen á las veces grandes efectos. Sin esa intemperancia de Rolando, indudablemente Sed de Amor habría sido descubierto, apresado, y metido probablemente en la cárcel por haber osado sorprender las instrucciones secretas dadas por la gran Catalina. Con tal acusación, y tratándose de una mujer cuyos crímenes eran ya numerosos, es de suponer que la vida del caballero no habría tardado en extinguirse bruscamente en el fondo de su calabozo por obra y gracia de un haba mal cocida, ó de un café demasiado cargado de achicoria.

Cuando un accidente de ese género se produce, ¿ cómo exigir á nadie responsabilidades ?

Por fortuna para Bernardo la fantasía del más poderoso de los miñones evitó que ocurriera lo que dejamos apuntado. Sin embargo, es de creer que Rolando se hubiera guardado muy mucho de hacer lo que hizo con los dos cómplices, de haberle sido dado prever las consecuencias que debían deducirse de su estúpida extravagancia.

Volvamos ahora á las irónicas lamentaciones exhaladas por el joven duque á propósito del matrimonio de que se decía amenazado por causa de alta política.

En aquella época, la política no era como hoy una cosa al alcance del vulgo, y el número de los que comprendían el significado de dicha palabra era relativamente insignificante.

Nuestros miñones, la mayor parte de los cuales vivían en el lujo ocioso de la antecámara real ó ducal, y pasaban su tiempo en jugar, beber, amar ó quejarse, eran de los muchos para quienes la palabra política parecía escrita en lengua desconocida.

Por eso sin duda el rubicundo barbilindo que insultara á Isis la hermosa llamándola hija de Satán, preguntó al duque :

— Dejando á un lado eso de la política, y puesto que según parece es asunto concluido ¿ por qué no nos hablas de tu prometida, duque ? Aquí tienes á todas estas bellas que arden en deseos de saber de quién se trata...

Rolando contestó con ironía :

— ¿Por qué escudarte en la curiosidad de estas meninas, señor de Maugiron, cuando es la tuya la que está excitada?... Bueno, pues no; no te hablaré de mi prometida. Después de todo ¿para qué, puesto que por tus ojos, por tus dos ojos que son demasiado hermosos para un solo hombre, tú eres más miñón que miñonas son ellas, hasta el punto de que te ruego cierras los párpados para no inducirme á la tentación?

Abramos aquí un paréntesis para consignar que la historia nos enseña que el señor de Maugiron era tuerto del ojo derecho, añadiendo que tal percance ocurrió á consecuencia de una herida recibida en el sitio de Issoire. Es de suponer que la cosa debió ocurrir más tarde, pues en la primavera de 1577 dicho prócer poseía aún sus dos hermosos ojos, como lo prueba la observación del duque Rolando que hemos reproducido. Enrique III gustaba de dichos ojos; y si siguió amando á su poseedor después de tuerto éste, se debe sin duda á la supervivencia en él del recuerdo de lo que fueron aquellos ojos; porque el rey poseía el culto de la belleza física en grado demasiado elevado, y no puede suponerse que llegara á distinguir á un tuerto sin poderosos motivos para ello. Más adelante diremos á nuestros lectores en qué circunstancias y por quién le fué cerrado para siempre á aquel joven de diez y siete años, uno de sus hermosos ojos, causa de su rápida fortuna.

Sin amoscarse por la impertinencia del duque, de Maugiron continuó bromeando.

— ¡Es por lo menos noble tu prometida? — preguntó á su vez de Entragues.

Esta vez el duque contestó:

— Noble como los Valois.

— ¿Y rica?

— Aún más que el rey.

— ¿Y hermosa?

— Eso sí que no lo sé.

La sorpresa que estas palabras produjeron entre los presentes no es para descrita.

— ¡Cómo! ¿No la conoces? — preyuntó Ayela.

Y el duquesito de Joyeuse:

— ¿Pero es de veras? ¿No conoces personalmente á la que te destinan para esposa?

Las señoritas de Limeuil y de Saint-Remy cambiaron rápida ojeada. ¿Sabían ellas algo? Tal vez, por cuanto pertenecían á la reina madre al mismo título que miss Huming... y aun al mismo que Gaspar Mouvette, porque cuantos empleaba la italiana, hombres ó mujeres, no eran en resumidas cuentas más que polichinelas de cuyas cuerdas tiraba ella haciéndolos mover á su antojo.

— Por mi fé, — explicó el bello Nemours acariciando la barbilla de Isis, quien habíase acercado, — si la futura duquesa fuese siquiera tan hermosa como tú, sospecho que Ayela debería ponerse en guardia... Aunque nada ha de temer, pues guapa ó fea, me he jurado á mi mismo no enamorarme de mi esposa... Tengo entendido que esa pécora es provinciana. Pude conocerla hace tiempo, pero, ¡lo que son las cosas! aunque nacido en el castillo de Astaffort, en la Navarra, ha sido tan errante, tan azarosa esta vida mia desde

que se cometió el crimen que me hizo huérfano, que no me ha sido dado pasar nunca por Villanueva de Agen, ciudad en cuyos alrededores se halla situado el dominio, verdaderamente regio, de la hermosa.

Sin perjuicio de escuchar á Rolando, de Entragues había fijado su mirada, sin duda por casualidad, en el lienzo de pared en que destacaba el cuadro representando la toma de Tauris. Y sucedió que en el preciso momento en que era pronunciado el nombre de Villanueva, de Entragues se estremeció, inclinándose atento hacia adelante. Parecía haber observado que el pecho de Solimán, principal personaje del cuadro, se ensanchaba, como si se dispusiera á lanzar un suspiro.

— O tú pierdes el juicio, Entragues, — pensó el joven, — ó has abusado de los licores no obstante los prudentes consejos que hace un momento dabas á ese odre ambulante que se llama Schomberg...

Y muy intrigado por lo que creía haber visto, se resolvió á no perder de vista la pintura mural.

Rolando, que nada había observado, continuó diciendo :

— Mi prometida cuenta diez y seis primaveras y es heredera única de una fortuna y de una influencia sólo comparables á las de los Montmorency. Y eso es todo lo que, oficialmente al menos, sé de ella. Si añado que es hermosa, creed que es pura condescendencia de mi parte, basada en informes oficiosos, los cuales me han permitido enterarme de que su alma cándida hase ya abierto á las primeras impresiones amorosas por

obra y gracia de un palurdo tan rico en maliciosas habilidades como desprovisto de metálico.

— Duque, — exclamó gravemente el enamorado de Yannie de Goulaine, — se recordará que fué Chicot quien nos enteró del nombre de la amada de Entragues, — páreceme que si te es de todo punto necesario empañar la reputación de una mujer á quien no conocemos, deberías esperar siquiera á que fuese tu esposa...

Interrumpióse bruscamente, y sin curarse de la cólera que sus palabras parecían provocar en el ánimo de Rolando de Nemours, exclamó en voz alta :

— ¡Ah, lo que es esta vez no me equivoco! No es alucinación, no ; es realidad...

— ¿Qué pasa? — preguntó uno. — ¿A qué alucinación se refiere?

— ¡Una multa á Entragues! — gritó otro.

— Está soñando sin duda.

— ¿Qué mosca te ha picado?

Carlos de Balzac, extendiendo la mano, señaló con el índice la pintura mural.

— Señores, — dijo — ¿veis ese fresco?

— Claro que lo vemos.

— Fijaos en el principal personaje, un Sultán...

— Sí : es Solimán II, — explicó Chicot, el más ilustrado de la banda.

— ¿Qué hace Solimán? — preguntaron dos ó tres impacientes.

— Miradle bien, miradle fijamente...

— Pero ¿por qué? ¿Por qué hemos de mirarlo?

— Para que seáis testigos de un fenómeno extravagante.

— ¿Un fenómeno?

— Sí, yo acabo de observar lo. Señores, — dijo Entragues convencido — ¡ese turco respira!

Hubo un momento de silencio, producido sin duda por la sorpresa. Luego, habiéndosele escapado á Isis la risa mal contenida, estalló una carcajada general, se produjo una alegría delirante, una hilaridad espasmódica, frenética, tal como no habíase producido de mucho tiempo antes en la casa de las Miñonas.

Todos calificaron á de Entragues de loco, de visionario, de bromista, de bebedor, pero á nadie se le ocurrió la idea de ir á persuadirse *de visu* de lo que pudiera haber de exacto en la bromita ó en la afirmación de aquel mátalas callando. Cada uno de los presentes debió pensar que ir á enterarse era exponerse á nuevas burlas y á más aceradas pullas de parte de los allí reunidos, y todos se abstuvieron.

Y sin embargo, de Entragues tenía razón. La respiración ficticia de Solimán era producida, — como sin duda habrá comprendido el lector, — por el caballero Bernardo, por nuestro Sed de Amor, quien ávido de no perder una sola palabra de las que en el salón pudieran pronunciarse, habíase apoyado inconscientemente en el reverso de la tela metálica, la cual, como es natural, ondulaba ligerísimamente, obedeciendo á los movimientos que el joven le imprimía sin saberlo, los cuales movimientos reflejaban los diferentes estados por que su alma iba pasando mientras escuchaba, sumido en la sombra.

La observación hecha por de Entragues fué causa de que Bernardo, comprendiendo que había cometido una imprudencia, se apartase en el acto de la demasiado flexible tela metálica.

El duque Rolando fué el único que no tomó parte en la algazara provocada por la curiosa observación de de Entragues. Encogiéndose de hombros, se limitó á decir cuando comprendió que sus palabras podían ser oídas de todos :

— Después de eso, ¿cómo enfadarse de lo que de Entragues pueda decir? La verdad es que tiene salidas que harían la fortuna de Sibillot, si Sibillot fuese loco de la cabeza... Y volviendo al imprudente hidalgo de quien mi futura parece haberse enamorado, os diré que le reservo las primicias de cierta estocada avanzando cuya receta me dió últimamente el buen la Fraicheur, el maestro de armas de la calle de los Muertos, en el arrabal de San Lorenzo.

Continuaba de Entragues observando la pintura mural, seguro de no haberse equivocado no obstante la manifiesta incredulidad de sus compañeros de jolgorio, y preguntábase en su fuero interno si no sería cosa de hacer exorcizar aquella pared moviente. Sin embargo, atento á las palabras del duque Rolando, y creyendo ver en ellas una fanfarronada, le objetó tranquilo :

— Todos los aquí presentes, y yo entre ellos, te sabemos bravo. Pero, ¿y si ese hidalgo estuviese en posesión de una receta superior á la tuya?

— Si así fuera, se la tomaría, para devolvérsela

sobre el terreno, — dijo el duque, quien continuó enseñada:

— Pero cualquiera diría que mi presencia aquí ha traído la tristeza á lo que siempre fué centro de los placeres... Ea, mis miñonas, y vosotros, caballeros, ¡viva la alegría! Sigamos bebiendo, y bailando, y besándonos, que eso es la vida... Por el Orlando del poeta Ariosto, por ese héroe que por lo visto debe ser mi patrón, quiero que me ayudéis á ahogar mis penas en vino.

— Sea; — dijo bromeando Maugiron. — Pero antes de brindar por esa futura duquesa, natural es que sepamos su nombre.

Siempre escondido tras la tela metálica, Bernardo de Arma escuchaba con ansiedad creciente, asombrándose de ver cómo aquel gran señor, que tanto se le parecía por desgracia, olvidaba en absoluto los sentimientos caballerescos que él, por el contrario, respetó siempre, practicándolos con entera lealtad siempre que para ello tuvo ocasión. Y así proponíase, una vez libertado el gran marqués, — tarea santa que debía llevar á cabo cuanto antes, — ofrecer á aquel impudente duque ocasión de comprobar la eficacia de la estocada avanzando que decía haberle enseñado la Fratcheur.

Es indudable que nuestro Bernardo, aunque no había puesto nunca los pies en París, conocía al tal la Fratcheur ó por lo menos á otro profesor de esgrima así llamado. Decimos esto, porque al oír pronunciar tal nombre, Bernardo pensaba sonriendo:

— ¡Pobre la Fratcheur! Hombre excelente sin el cual, sin sus lecciones, no me habría sido posible dominar á tiempo el famoso golpe de Spolto.

En el salón, el duque Rolando contestaba á la interpelación de Maugiron:

— ¿Cómo? ¿He olvidado daros su nombre? Puede ser: en fin, sabed que ese nombre es digno del mío, lo cual quiere decir que está á cien codos por encima de los vuestros, y que puede [habérselas con los de los príncipes de sangre real.

— ¿Es Lorena?

— ¿Es Orleans?

— No, no: debe ser Rohan.

— ¡Alto ahí! — gritó Rolando. — Todos esos nombres llevan aparejados una porción de parientes de los que no quiero saber nada... Mi prometida es huérfana, ó por lo menos lo será muy pronto.

— Eso es un acertijo, y bien complicado: — exclamó una voz.

— ¡Un acertijo! No, una charada; escuchad, — dijo Rolando alegremente. — Mi primera está rodeada de muros; mi segunda deja de serlo en cuanto se usa una vez; — mi tercera, en español, separa los continentes; mi cuarta, pronunciada en francés, circula por las venas, y mi todo...

— Está en el castillo de Vincennes; — acabó de Entragues.

— Tú lo has dicho.

La pintura mural debió agitarse fuertemente en este punto; pero nadie lo advirtió, porque casi

todos aquellos locos gritaron al mismo tiempo :

— ¡ Villanueva-Marsan ! ¡ Adivinado ! ¡ Adivinado !

Carlos de Entragues habíase puesto muy serio. En voz muy baja preguntó á su amigo :

— ¿ Vive aún la señora de Villanueva ?

— ¡ Ya lo creo, querido conde ! No sólo vive, sino que en este momento está ahí, muy cerca de nosotros, detrás de esas ventanas, en el hotel de su propiedad, que ha debido sorprenderse al verla volver... Pero no será por mucho tiempo. Una vez verificada la ceremonia, tomará la excelente señora de nuevo el camino de Gascuña. Así se ha estipulado en el contrato.

— ¿ En el contrato ? — preguntó Schomberg espabillándose un poco, pues la embriaguez le cerraba inventiblemente los párpados. — A ver, ¿ qué contrato es ese ?

— ¡ Cuál ha de ser, pardiez ! — explicó el favorito ; — el establecido entre la instigadora de ese matrimonio y yo... Inútil me parece deciros que me resistí cuanto pude. Se multiplicaron los ofrecimientos y las promesas, y yo, nada, firme en mi negativa. Y se comprende. Ahí es nada, enajenar mi libertad, á mis años...

— Una libertad de la que sabéis serviros admirablemente ; — interrumpió Chicot. — Porque observad, caballeros, que el señor duque, que tanta repugnancia muestra por las cadenas del matrimonio, no tiene una palabra de protesta para otras que en mayor número le aprisionan en este momento, encerrándole en perfumada fortaleza.

Así era en efecto. Las mujeres habían ido acercá-

dose poco á poco al duque. Detrás de él, é inclinada sobre uno de sus hombros, Ayela rozaba con su almidonada gorguera la negra y rizosa cabellera del joven ; á su izquierda, Isis la hermosa mostraba su busto flexible en una actitud llena de gracia, y las sirvientas de ocasión, la napolitana Mariola y Faustina la parisiense, migaban para él, en el vino de Astí contenido en una copa, anchos barquillos con miel.

— Estás en lo firme, gran Chicot, — aprobó sonriendo el galante don Juan. — Pláceme mucho más la vista de cuatro pares de brazos hermosos que la de uno solo ; pero haces mal en interrumpirme, porque entre el farrago de cuanto se me ha prometido pierdo el hilo de mi discurso y no conseguiré encontrarlo si me distraen... Decía pues, señores, que mi matrimonio, por razones de estado, hallábase previsto en elevadas esferas ; apurábanme para hacerme aceptar ; pero es muy probable que yo hubiese persistido en mi negativa hasta la consumación de los siglos, de no haberseme prometido, con arreglo á mis deseos, que una vez casado sería tan libre como lo soy aún en este momento. ¡ Qué digo tanto ! Mucho más libre, aunque más cargado de títulos.

— ¿ No será una broma eso de tu supuesta libertad ?

— preguntó Schomberg.

— De ninguna manera.

— Pero en fin, una vez casado...

— Como si no. Yo he puesto mis condiciones. Derecho absoluto para mí de tomarlo todo, sin dar nada en cambio...

— Sí : pero ¿ y tu mujer ?

— Vaya, veo que sois unos imbéciles ; — añadió Rolando. — ¿ Habéis olvidado ya al hidalguete y sus comprometedoras visitas á mi dulce prometida allá, en el pais gascón ?... Poco pensaba el pobre hombre que su caprichito había de servirme á maravilla más tarde .. Todo gentilhombre, con arreglo á la ley ancestral, es custodio de su honor, y para preservarlo de toda mancha, puede usar de cualquier medio, porque todos los que se empleen en tal fin son buenos. Es así que esa señorita, por ligereza, por descuido, por inocencia, por lo que sea, puso su reputación en peligro antes de serme destinada, luego una vez esposa mía vengo obligado á velar por mi buen nombre. Por eso he decidido que una vez duquesa de Nemours en virtud del sacramento del matrimonio, y para evitar que la tentación pueda acometerla una segunda vez, reciba asilo en el convento de Montmartre...

— ¿ El monasterio de las mujeres públicas ?

— El mismo. Es una medida de prudencia que tengo el derecho de tomar.

— ¡ Bravo ! — gritaron aquellos de entre los presentes que pertenecían á la corte del Louvre, es decir, á la del rey Enrique.

— Como ves, mi querida Ayela, — acabó el duque volviéndose hacia la condesa, — no ha de pesarte mucho la temida rivalidad ; te perteneceré en absoluto, puesto que de los miembros de mi nueva familia unos estarán encerrados, y otros en el destierro.

— Nemours, — articuló la voz grave del conde de

Entragues, — creo que vas demasiado lejos en tu afán de mostrarte peor de lo que realmente eres... No, demasiado sabes que no harás eso que has dicho.

— ¿ Cómo que no ? ; Vaya si lo haré ! — repuso altanero el duque, mientras los miñones amigos del duque de Guisa, como si se hubieran puesto tácitamente de acuerdo, se acercaban á de Entragues, que parecía ser allí su jefe.

Y es que aquellos cortesanos eran jóvenes libertinos, sin duda alguna ; pero que, no habiendo olvidado el culto al honor, desaprobaban en su fuero interno la odiosa fanfarronada, la resolución miserable que acababa de exponer Rolando, solidarizándose naturalmente con de Entragues para hacer ostensible dicha desaprobación.

Sin insistir en ello, el conde preguntó :

— Creo recordar que nos hablaste hace poco de la promesa de un nuevo título...

Rolando, entre irónico y burlón, contestó en el acto :

— Por lo visto, mi leal amigo, recobras al fin la razón, que creí habías perdido, y la prueba de ello es que la memoria te sirve admirablemente.

— ¿ Y qué nuevo título puedes ambicionar ?

— Te diré, y ya verás que la cosa no deja de ser algo chusca ; yo soy conde, como tú, y soy además duque, como nuestro amigo Joyeuse. Bueno, pues me ha parecido bien unir esos dos títulos con un sonoro guión... Yo seré el único que pueda ostentar á la vez los títulos de conde, marqués y duque.

— ¿ Marqués de qué ?

— ¿De qué ha de ser? de Villanueva-Marsan. ¿No he de ser el marido de mi mujer?

Asqueado tal vez por tanto cinismo, de Entragues se levantó, arrugado el entrecejo.

— ¡Basta de necedades! — dijo duramente. — Hay bromas envenenadas que llevan en su seno el homicidio, y ni yo ni mis amigos estamos dispuestos á oír más de lo que ya te hemos oído esta noche. Y si quieres que te dé un consejo, te diré que, aunque prisionero, el gran marqués pertenece aún al mundo de los vivos.

— Y sería preciso, — explicó Chicot — que estuviese en la tumba para heredar su título.

Este incidente parecía haber puesto fin á la alegría que poco antes reinaba en el salón turco de la casa de las Miñonas. Cada uno de los allí presentes sentía el pecho oprimido por vaga ansiedad, como si uno de esos presentimientos que suelen ser nuncios de las catástrofes, se hubiese insinuado en aquella atmósfera de banalidad y de ligereza.

Ya aquella no parecía una corte de amor. Las miñonas, atemorizadas por el giro peligroso que iba tomando la conversación, habían ido acercándose poco á poco y como instintivamente hacia la puerta, yendo á reunirse con ellas Fiamma luego de abandonar á su embriaguez el enamorado y tímido Juan du Gaz.

Rolando, que no era hombre que se achicase por observación más ó menos, se creyó en el caso de contestar á la formulada por Entragues, que Chicot había aclarado enseguida.

— Cierto es, — dijo — que aún vive el gran marqués

de Villanueva-Marsan; pero alguien me ha dicho que la atmósfera de la torre de Vincennes no es muy sana... que el marqués está muy debilitado... Pero no vayáis á creer por eso que yo tengo arte ni parte en la desgracia que parece próxima.

— ¡Basta, Nemours! — interrumpió de Entragues. — Añadir una sola palabra á las que ya has dicho, sería un verdadero crimen.

— ¡Un crimen! — gimieron las mujeres aterradas. Y los miñones, consternados, deseando no penetrar el sentido de las palabras de Rolando, dijeron á su vez:

— No acabes, duque; no, no acabes.

Olvidaban, al suplicarle, que aquel hombre no podía sufrir que se le contradijera.

Una luz extraña, pero que no auguraba nada bueno, brilló en sus pupilas; su nariz se dilató, y los labios se contrajeron en un rictus siniestro. En su fisonomía reflejábase en aquel momento marcada expresión de baja ferocidad, que más que de cortesano, le daba aspecto de bandido sanguinario.

— Por mi vida, — dijo — que he de acabar aunque mal os cuadre! Después de todo, si el infierno se empeña en trabajar en provecho mío, ¿quién puede impedirme que se lo agradezca?

— ¡Yo! — rugió una voz formidable.

Todos se volvieron hacia el lienzo de pared en que un maestro pintara el cuadro de la toma de Tauris, y quedaron mudos, absortos, paralizados por el estupor.

Lo que entonces se produjo, tan rápidamente que

hubiera hecho imposible toda intervención en el caso de que alguien pensara en ella, fué verdaderamente fantástico.

Con terrible estrépito metálico á nada comparable, el lienzo de pared osciló un momento, de atrás hacia adelante, como si gigantesca catapulta lo batiese del lado opuesto del salón; luego cayeron, como derruidas, las murallas de Tauris, y hubiérase dicho que Solimán en persona, precipitándose como una tromba por el hueco abierto, llegaba á erguirse, magnífico de indignación, ante el duque Rolando, asombrado en presencia de aquel fenómeno.

Habia él evocado al príncipe de las tinieblas, y he aquí que acudía puntual á su evocación.

Así hubiera podido creerse. En realidad el intruso no era otro que Sed de Amor. Durante un buen rato habíase contenido, por esfuerzo supremo de su voluntad educada, para no saltar sobre el despreciable gentilhomme que de tal modo se le parecía físicamente, sobre el canalla que osara calumniar á Solange, burlarse de su madre y condenar á muerte á su padre.

Pero como todo tiene sus límites, la paciencia de Bernardo se agotó de pronto. La tela metálica no pudo ofrecer seria resistencia á su choque furioso, y ahora estaba allí, en el salón, rodeado de los miñones asombrados, y desafiando con la terrible mirada á Rolando, á quien dijo con voz entera y firme acento :

— Vos no sois ni un Saboya, ni un Armañac, ni un Nemours. Solo un vil impostor puede encontrar en tan nobles blasones el fango inmundo en que os revolcáis y

con el cual pretendéis manchar á los demás. Y los que os escucharon sin protesta cuando hicisteis gala de donosura para burlaros de la desgracia de un cautivo y para insultar á dos pobres mujeres sin defensores, son dignos de la compasión de todos los hombres honrados. No os bastaba, por lo visto, deshonrar los nombres de vuestros antepasados rebajándoos hasta el punto de emitir ideas que avergüenzan y que repugnan, y habéis pretendido añadir otros nuevos á esos nombres para confundirlos todos en el mismo fango. Pero ¡vive Dios! que eso no será. No será, porque vos no seréis jamás esposo de la señorita de Villanueva, ni tampoco marqués. ¡Yo, Bernardo, caballero de Arma, he resuelto oponerme á tales pretensiones por amor de la belleza, y en defensa de la debilidad y de la desgracia!